



SANTA LUCIA

SANTA LUCIA

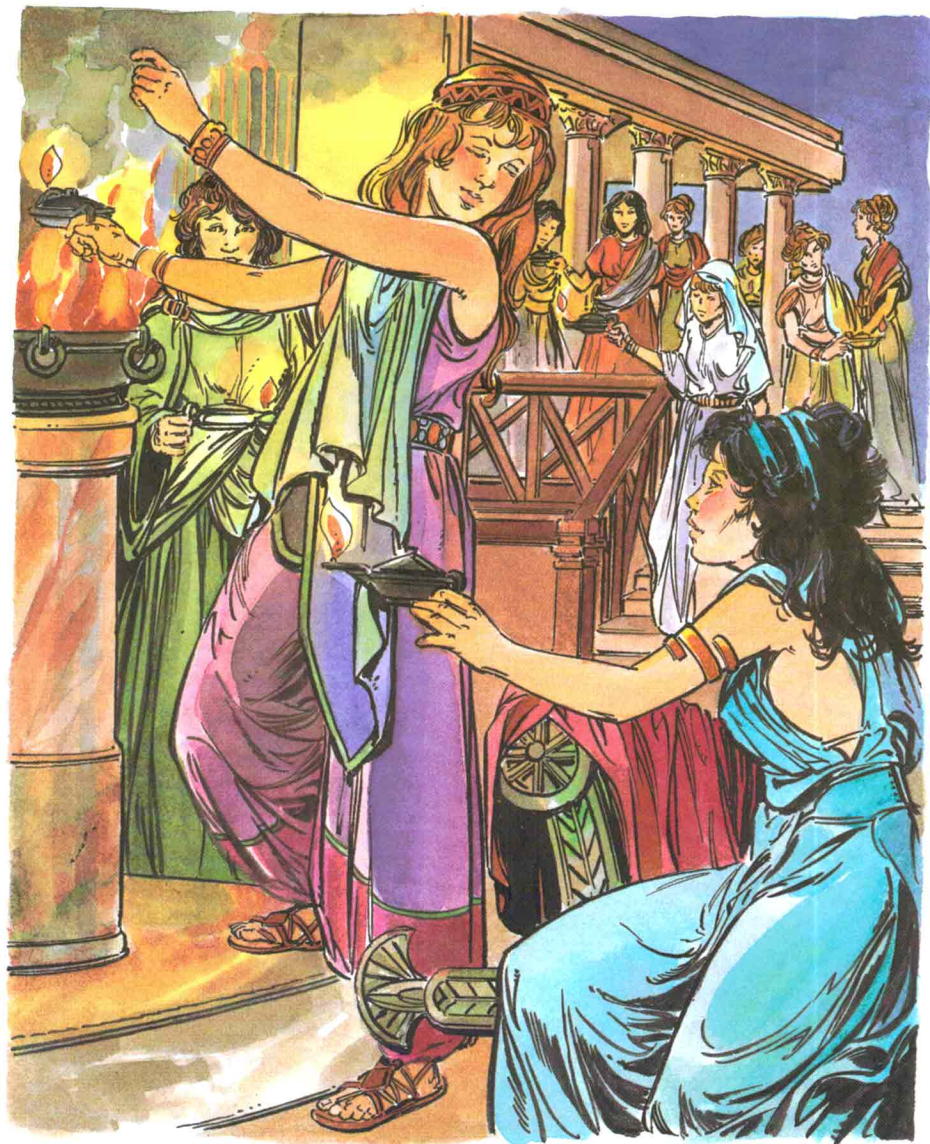
Rafael M.^a López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 SEVILLA

www.apostoladomariano.com



Una bella parábola evangélica

La recoge San Mateo en el capítulo 25. Dice así:

—En unas bodas estaban invitadas diez vírgenes. Cinco eran prudentes y cinco insensatas. Las prudentes además de llevar sus lámparas encendidas llevaron aceite de reserva por si tardaba el esposo en llegar.

La necias o insensatas sólo se preocuparon de llevar las lámparas encendidas.

Tardó el novio en llegar y... las diez vírgenes se durmieron... Al cabo del rato y al ruido de la gente que llegaba se despertaron y vieron las necias que se les habían apagado sus lámparas y dirigiéndose a las sensatas dijeron:

“Por favor, dadnos un poco de vuestro aceite porque se nos ha acabado el nuestro.

—No, mirad, es mejor que vayáis vosotras a la tienda y compréis para vosotras, no sea que si os damos del nuestro a vosotras nos puede pasar lo peor: que se nos acabe a nosotras y a vosotras. Esta postura que os decimos es más prudente que la vuestra...”.

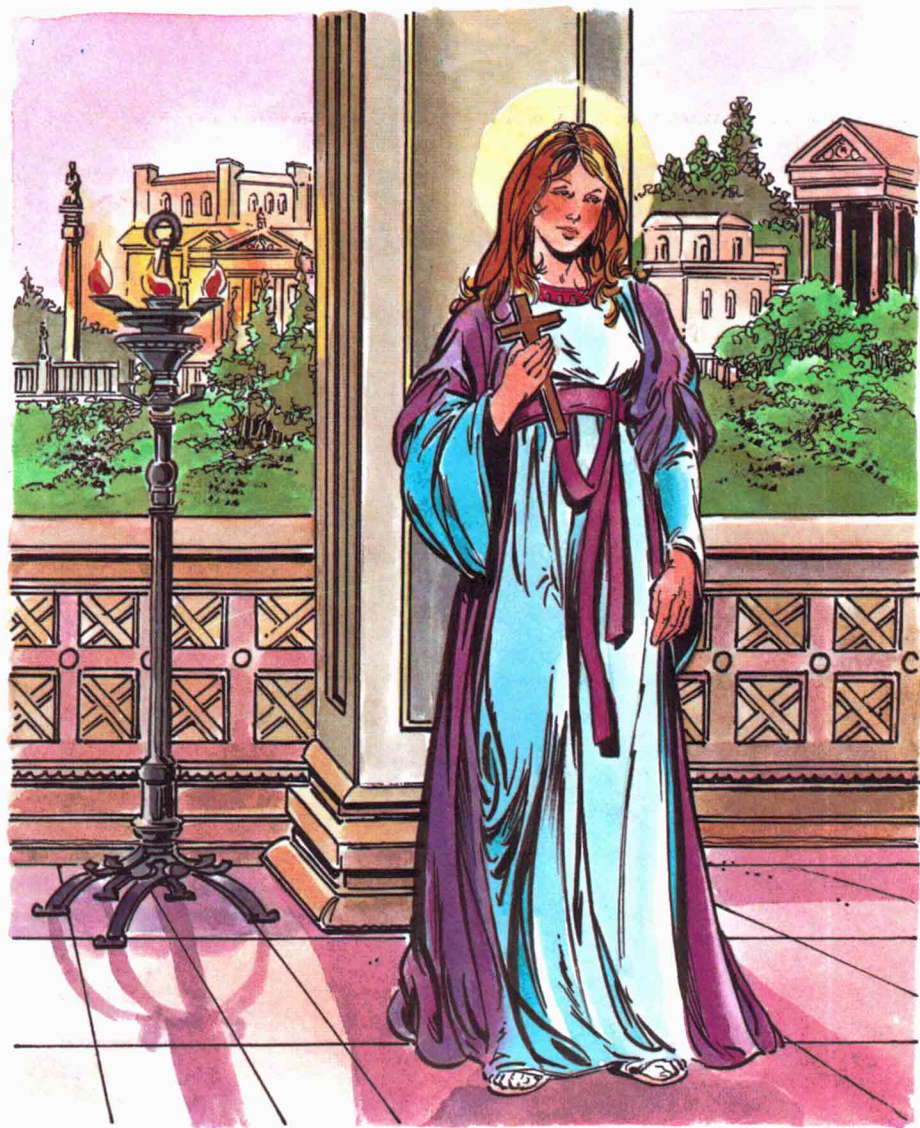
Se fueron a la tienda, y, mientras estaban lejos, llegó el esposo y una vez todos dentro se cerró la puerta del banquete... Llegaron ellas y desde fuera gritaron:

—“Señor, señor, somos nosotras, las vírgenes invitadas... que venimos de comprar nuestro aceite...

—No os conozco. No sé quienes sois...”, dijo el esposo desde dentro...

Esta hermosa parábola que tantas y tan bellas prácticas aplicaciones tiene la aplica la liturgia a Santa Lucía, la protagonista de esta hermosa historia.

Ella es la PATRONA de la luz y eso mismo significa su nombre: Lucía = Luz...



Santa siciliana

Sicilia es una isla al sur de Italia muy famosa desde hace varios milenios. Por allí han padado generaciones y culturas y todas ellas dejaron la huella bien marcada.

Los sicilianos son simpáticos, alegres e inteligentes como corresponde a las gentes del sur.

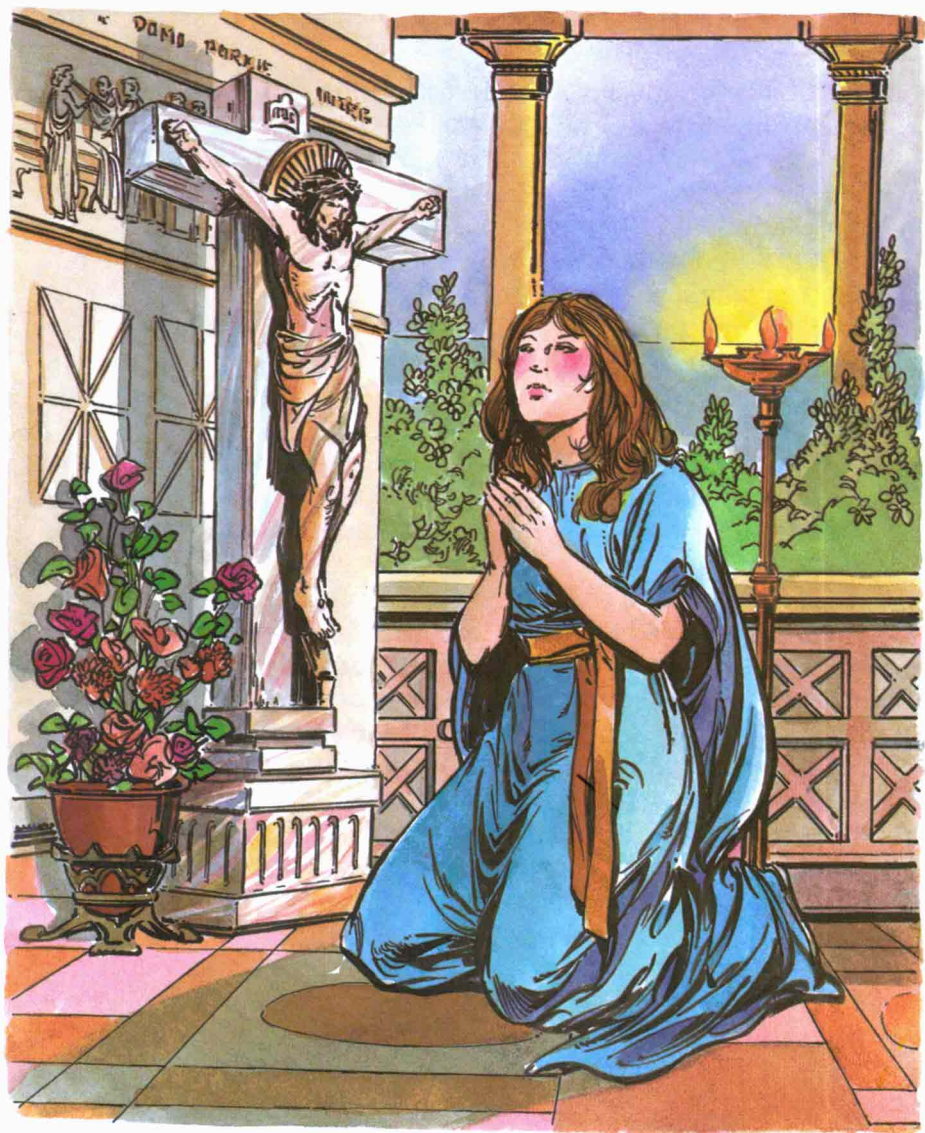
La religión católica llegó muy pronto a la isla y echó hondas raíces en aquel bendito suelo.

Desde entonces muchos miles de sicilianos han escalado las gradas de la santidad con el ejemplo de sus vidas y son modelo para todos los que todavía caminamos por este mundo.

En el verano de 1970 visité con mi hermano Francisco María la ciudad de Siracusa... Allí pude apreciar la gran devoción que todos los sicilianos profesaban a su ilustre compatriota...

—“Padre, nos dijo una viejecita a quien preguntamos si tenía devoción a la santa Mártir Lucía, después del Señor y la Virgen María no hay santo más poderoso en el cielo que nuestra Santa. Aquí le llamamos LA SANTA a secas y todos entendemos a qué santa se refiere. Además usted ya sabrá que es la celestial Patrona de lo más necesario para la vida como es la vista. Sin los dos ojos para ver que nos ha dado Dios nuestra vida en la tierra sería demasiado triste... ¿no le parece?”. Y con gran bondad y delizadeza nos llevó hasta el atar que conserva sus reliquias.

Santa Lucía forma parte del cánón Romano de la Misa y siempre gozó de mucha popularidad quizá porque los sicilianos influyeron grandemente en la Ciudad de Roma por su piedad y celo apostólico...



Se consagra a Jesucristo

Pocas son las noticias que tenemos de la infancia y nacimiento de nuestra heroína Lucía...

Lo cierto es que existió. Que vivió en Sicilia. Que fue mártir y que su culto empezó muy pronto a propagarse por toda la cristiandad...

No conocemos el nombre de su padre que hubo de morir muy joven y que ciertamente era un buen cristiano.

Su madre se llamó Eutiquia, era cristiana y en esta fe educó y formó a su hija...

Eutiquia contó a su pequeña la vida de Santas que por amor a Jesucristo vivían en santa virginidad y se dedicaban a vivir la oración y la vida de caridad para con el prójimo.

La pequeña Lucía oía con atención y en su interior iba madurando su decisión. Hasta que un día se puso a los pies de un Crucifijo y oró así:

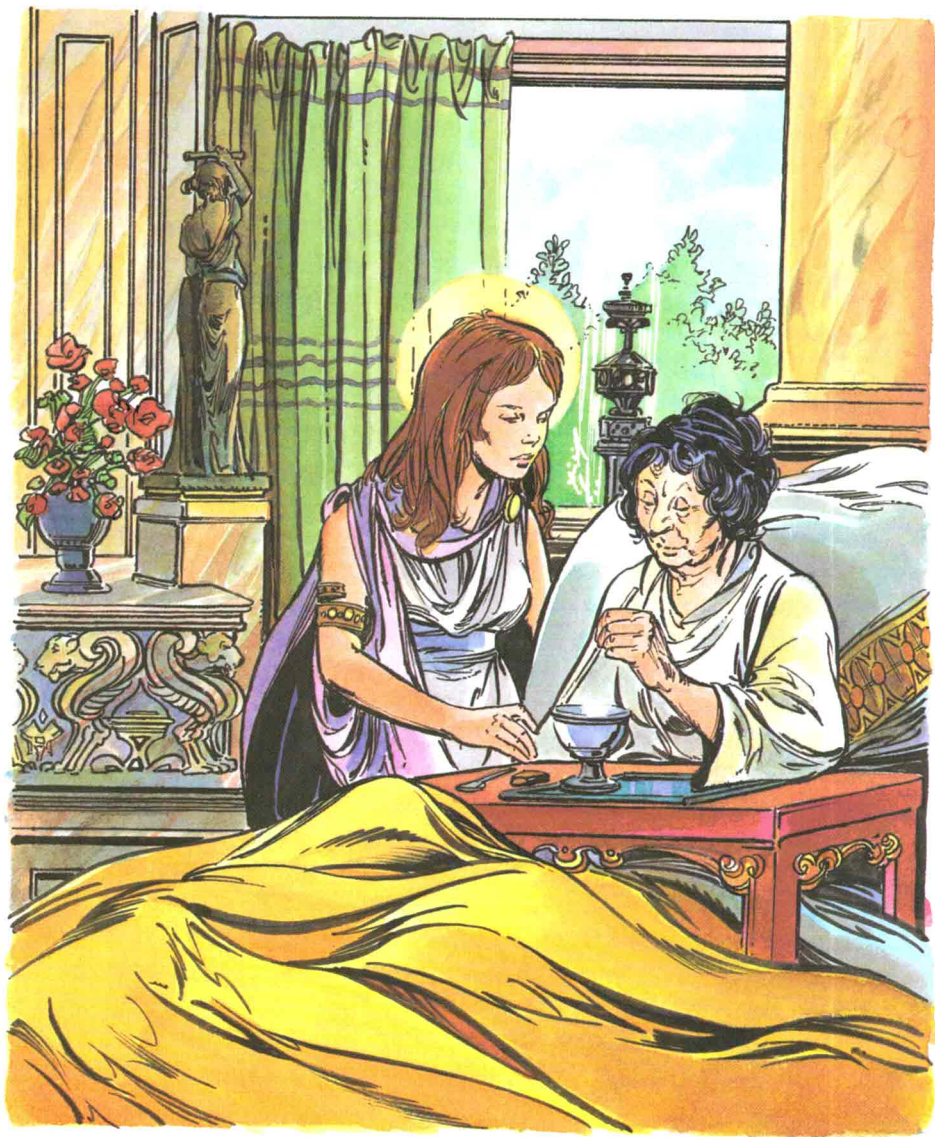
—“Señor mío Jesucristo: Yo sé muy bien que mi madre está tramando mi matrimonio con un joven rico, pero yo no quiero casarme con hombre alguno que ha de morir. Yo quiero desposarme contigo, Señor. ¿Me aceptas como esposa tuya?”.

A Lucía le pareció oír un sí rotundo que brotó de los labios del Maestro.

Por su parte, su madre, interesada como todas las madres por conseguir un buen partido para su hija trató de desposarla con un joven pagano y así se lo manifestó a Lucía.

Esta calló y de momento no descubrió su secreto a nadie. Aquella consagración que había hecho de su persona y su amor a Jesucristo era un idilio entre los dos... Ella decía como el Profeta:

—“Mi secreto para mí...”



La enfermedad de su madre

Su madre iba preparando los caminos para la boda. La hija callaba esperando que fuera el mismo Dios quien la ayudase en aquella encrucijada... Se había fiado de Dios y estaba segura que el Señor no le fallaría.

Lucía continuaba rezando y meditando las maravillas del Señor. Cada día leía y meditaba la Palabra de Dios y ofrecía al Señor cuantos sacrificios y privaciones le eran posible... Todo iba encaminado a obtener del Señor la gracia de que aquellos propósitos de su madre que no siguieran adelante...

Sin saber cómo ni por qué apareció una rara enfermedad a su madre Eutiquia. Esto sirvió para que se paralizaran todos los preparativos de la boda y para que su madre se preocupara sólo de conseguir la salud que tenía quebrantada...

Lucía, que era limpia y transparente más que el agua pura, no podía pensar que aquello era la prueba de parte del Señor que ella esperaba...

Nuestra jovencita atendía con mimos a su madre y no la dejaba ni de noche ni de día... Los médicos ponían toda su ciencia para curar a la enferma pero no daban con la razón del mal... y la enfermedad se aumentaba de día en día.

Llegó a oídos de Lucía que en Catania, que estaba tan solo tres leguas de Siracusa, se veneraba el cuerpo de otra ilustre siciliana, la mártir Santa Agueda que había recibido el martirio bajo el emperador Decio.

Corría la voz de que obraba muchos prodigios en el cuerpo y en el espíritu a cuantos acudían a su sepulcro...

Lucía habló a su madre de ir a allá para obtener la curación y ella accedió gustosa.



La visita Santa Agueda

Madre e hija, Eutiquia y Lucía se ponen en camino y se trasladan a postrarse ante el sepulcro de la mártir Santa Agueda que estaba en la ciudad de Catania.

Preguntan por la iglesia donde se veneran sus reliquias y allí se dirigen como pueden. Se postran ante su milagroso sepulcro. Mientras están allí un sacerdote lee este evangelio:

—“Pasaba un día Jesús... cuando una mujer que hacía diez años que padecía la enfermedad de flujos de sangre dijo para sus adentros... “Si yo pudiera tocar el manto del Maestro estoy segura que quedaría curada...”

Al pasar Jesús se agolpaba la gente... Pero Jesús se volvió y dijo:

—“¿Quién me ha tocado?... De mi ha salido una fuerza especial...” Y aquella mujer quedó inmeditamente curada...

Lucía vio en esto un regalo más del Señor providente y como una señal cierta del milagro doble que iba a obrarse en su buena madre...

Quedó profundamente ensimismada en oración y como cuenta el oficio litúrgico de la Santa, se le apareció Santa Agueda y le dijo:

—“Lucía, queridísima hermana, ¿por qué pides intercesión de otra lo que tú misma, por la fe que tienes en Jesucristo, puedes obtener para tu madre? Has de saber que tu fe le ha alcanzado la salud y así como Jesucristo ha hecho célebre a la ciudad de Catania por consideracion a mí, de la misma manera hará célebre y gloriosa a la ciudad de Siracusa por causa tuya, porque le has preparado una agradable morada en tu corazón virginal”...

Al oír estas palabras Lucía volvió en sí de su ensimismamiento... El milagro de la curación ya estaba hecho...



La gracia fue doble...

Lucía amaba a su madre con toda su alma como buena hija y sufría por verla enferma y sin remedio en su curación.

De momento lo que le interesaba era la curación del cuerpo pero no había duda de que también intentaba, y esta sobre todo, la curación de su alma, ya que por los intereses materiales parecía que su madre estaba dispuesta a transigir en una boda con un joven pagano... Con todo lo que esto sobrellevaría de pérdida de la fe, etc...

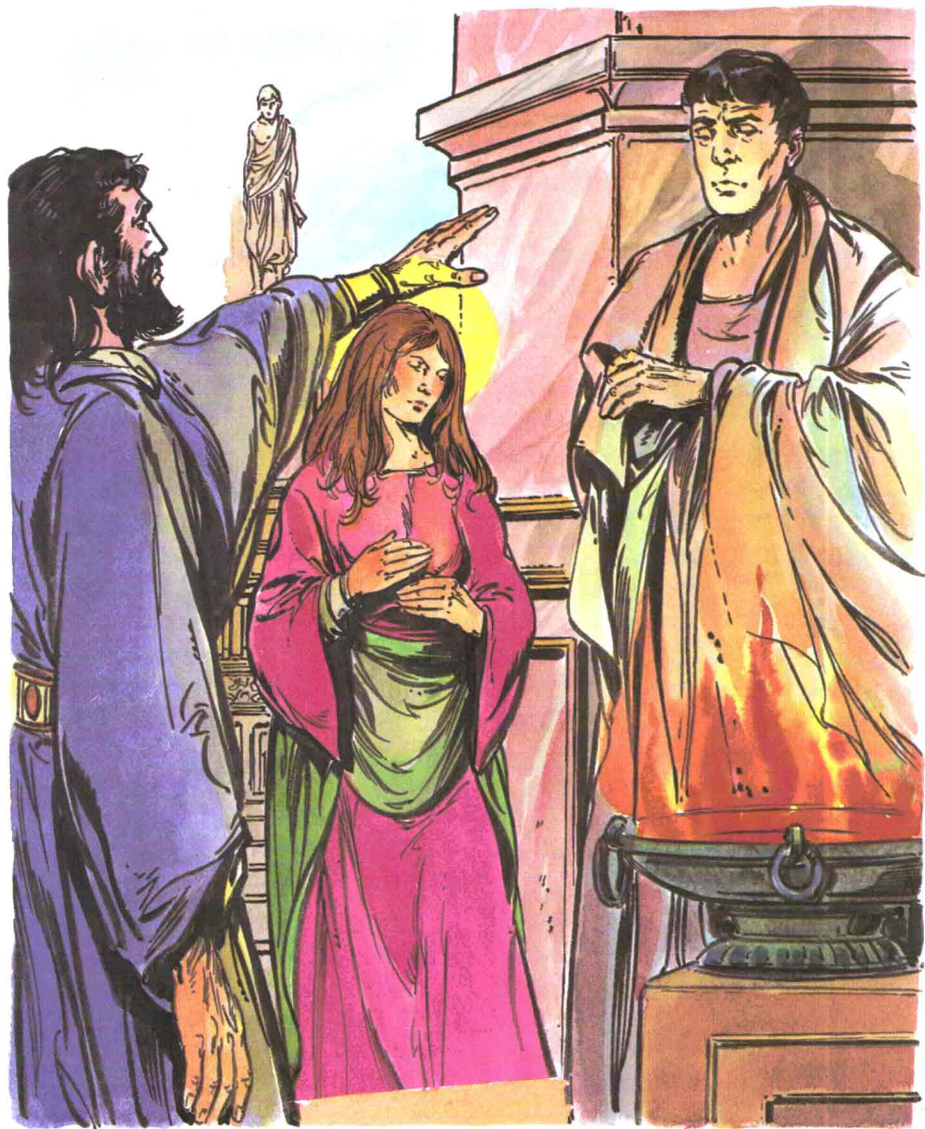
Lucía, que tanto tiempo había guardado silencio de su Voto y Promesa a Jesucristo... al oír las palabras de Santa Agueda allí mismo manifestó todo a su buena madre: Su Voto de virginidad, y las palabras que acababa de oír de labios de la mártir Santa Agueda.

Su madre quedó profundamente impresionada y la abrazó fuertemente contra su corazón con lágrimas en los ojos, mientras decía:

—“Hija mía, perdóname. He sido una malvada. Ahora que por tu virtud he conseguido la curación de mi enfermedad quiero sobre todo decirte que también he conseguido la salvación de mi alma porque estaba llevándola por malos derroteros que no son los que el Señor Jesús esperaba de mí...”

Su buena madre Eutiquia, como fuera de sí y tocada por la gracia del Señor, continuó diciendo a su hija:

—“Mira, Lucía querida, ahora comprendo cual es la verdadera riqueza y cómo yo estaba tan engañada. Ahora mismo yo prometo al Señor entregar a los pobres todo cuanto tenemos en Siracusa y así estaremos más dispuestas para seguir al Señor de la manera y forma que El nos quiera manifestar”...



La acusa su prometido

Al volver a Siracusa, la madre, totalmente curada, y la hija radiante de alegría, la noticia corrió de boca en boca por toda la ciudad.

Pero aún más corrió la noticia cuando todos se enteraron de la acción de madre e hija al entregar todo cuanto tenían a los pobres más necesitados.

El joven pagano a quien había prometido su hija la noble Eutiquia saltó de cólera y prometió solemnemente vengarse de aquella patraña que el de ninguna forma podía comprender.

Le faltó tiempo para acusar a madre e hija ante el Prefecto de la ciudad como cristianas cosa que estaba prohibido por las leyes del Imperio.

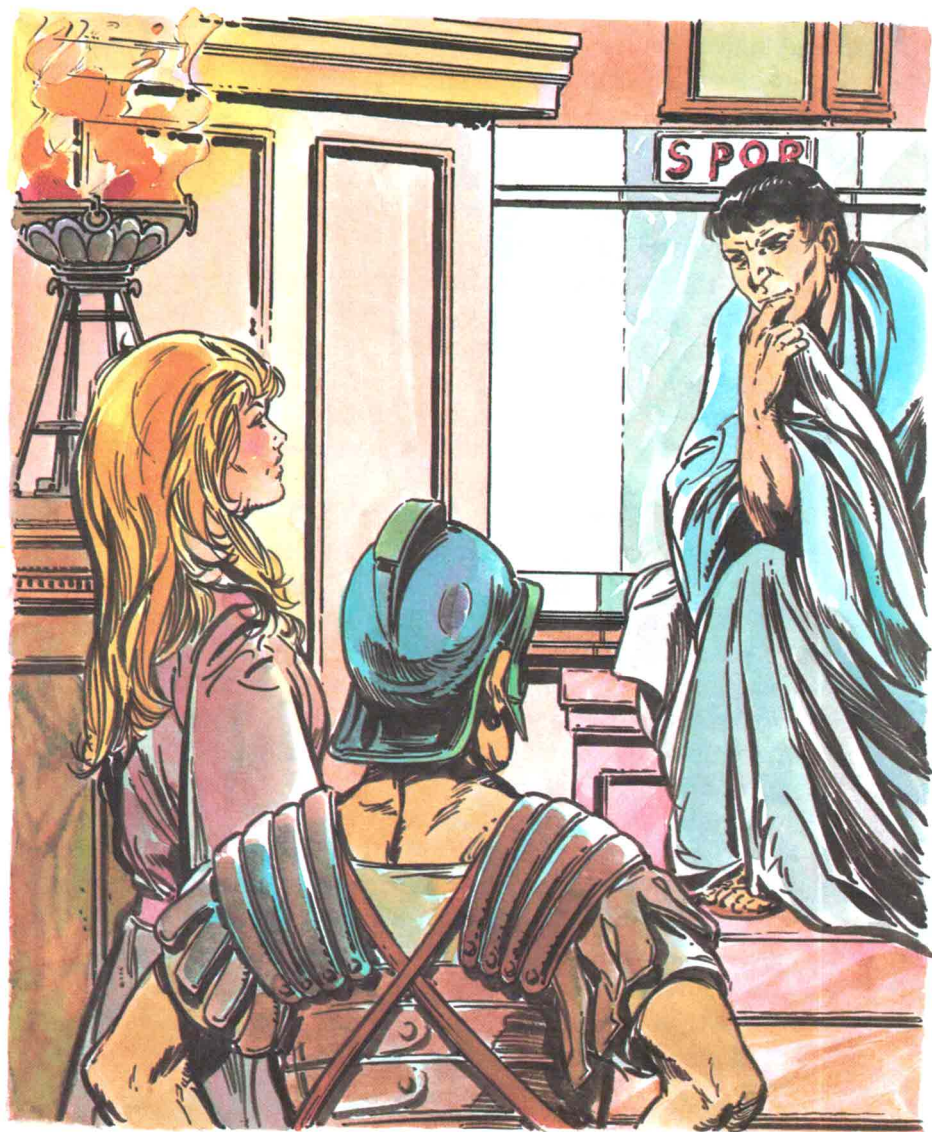
Madre e hija fueron llevadas ante el Prefecto que se llamaba Pascasio y empezó el interrogatorio:

—“Te acusan, noble Lucía, de que eres seguidora de la — doctrina cristiana. Yo te mando en nombre del Emperador nuestro señor que jures que esto que dicen es falso.

—No señor, juro ante Dios que nos ve, que soy cristiana y que me siento muy contenta de serlo, y a cuyo honor no pienso renunciar por más que tu y los tuyos os empeñéis. Más aún, me he consagrado a Jesucristo y por nada del mundo renunciaré a mi consagración a El.

—¿Sabes tu a lo que te expones? Piénsalo bien pues mi indignación por cuanto acabas de decir no tendrá límites hasta que vea satisfechos mis deseos.

Haced lo que queráis, señor, pero ya sabéis que estáis perdiendo el tiempo si esperáis que me habéis de hacer cambiar de mi decisión. Lo he meditado mucho ante el Señor y... por nada del mundo pienso cambiar.



Soy templo vivo de Dios

Encarcelaron a la joven Lucía en compañía de su madre esperando que cambiaría de pensar y podría su pretendiente salir con la suya de tomarla en matrimonio.

Pero se equivocaban. No sabían con quien se las estaban jugando. La suerte ya estaba echada.

Unos días después vuelven a llevar a Lucía ante el Prefecto Pascasio y este le pregunta malhumorado:

—“Supongo, Lucía, que habrás cambiado de pensar ¿no?”

—No, señor Prefecto. Estoy mucho más resuelta que antes a sufrir cuantos tormentos querráis dejar caer sobre mi débil cuerpo antes de dar un paso atrás a mis propósitos.

—Toda esta retórica se acabará cuando de las palabras pasemos a los hechos, noble Lucía.

—No, os equivocáis. ¿No sabéis que el mismo Jesucristo nuestro Salvador nos dijo que no nos preocupáramos de las palabras que debíamos decir cuando nos llevasen ante los tribunales como yo estoy ahora?... pues el Espíritu Santo nos daría las palabras y fortaleza para obrar por nosotros...”

—¿Crees, pues que el Espíritu Santo están en tí y que es él quien te inspira cuanto estás diciendo?

—Sí, ciertamente, fue el mismo Apóstol San Pablo, que también murió por Jesucristo, quien nos reveló esta gran verdad de que somos “Templos vivos del Espíritu Santo” si es que vivimos casta y piadosamente...

—Pues yo haré que te lleven a donde nada podrá ayudarte ese Espíritu Santo.

—Si mandas que por fuerza sea profanado mi cuerpo, aún más solemnemente brillará mi virginidad porque mi voluntad será siempre defenderla hasta la muerte”.

El Prefecto vió que estaba perdiendo el tiempo ante aquella virgen tan valerosa...



La cubren con pez y resina

La cólera del Prefecto Pascasio llegaba a su culmen ya que por vez primera en toda su vida había dado con alguien que contrariara sus deseos...

Aquella jovencita era mucho más fuerte y valiente que el soldado más aguerido que jamás había visto.

Pero como casi siempre suele suceder en estos casos el pecado es tan hondo y la soberbia tan grande que por más milagros y prodigios que se vean... no se da el brazo a torcer, es decir, se sigue en la maldad.

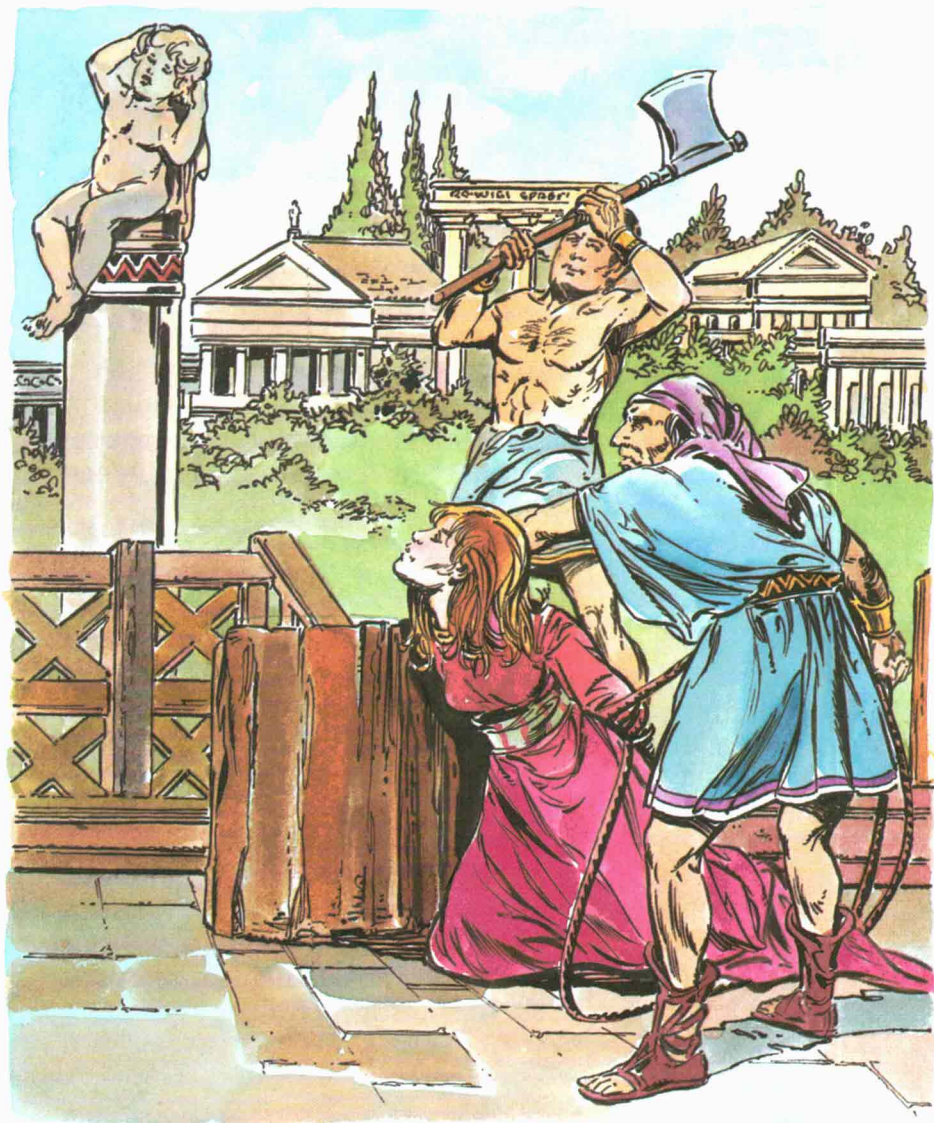
Intentaron llevar a Lucía a un lugar de prostitución y allí, por la fuerza, mancillar su virginidad, pero no pudieron conseguirlo por más veces que lo intentaron: Parecía que estaba clavada en el suelo pues ni los hombres más forzudos pudieron moverla.

Era el Espíritu Santo quien salía en defensa de aquella alma pura que se había consagrado a Jesucristo con todas sus fuerzas.

Si Pascasio y el joven prometido no hubieran sido presa de satanás... no hay duda que ante tanto prodigio obrados por el Espíritu Santo que moraba en el alma de Lucía hubieran doblegado su soberbia y postrados en tierra le hubieran pedido perdón y se hubieran convertido a la fe que profesaba Lucía.

Al ver Pascasio que de ninguna forma podía salir con la suya cambió de táctica: mandó que la embardurnasen de pez y resina todo su cuerpo y que la arrojasen a una hoguera ardiendo...

¡Milagro de Dios!: Las llamas rodeaban aquel cuerpecillo sin tocarle ni un cabello de su cabeza...



Segado su cuello por un hacha

Las ansias de Lucía de derramar su sangre generosamente por Cristo se iban alargando demasiado. Ella ansiaba unir su sangre a la que Jesucristo inocente había derramado para redimirnos a todos los hombres...

Hasta ahora el Espíritu Santo le había liberado generosa y milagrosamente de todos los tormentos. Ahora era ella misma quien suplicaba que llegara ya para ella su hora, la de demostrar ante los demás que estaba dispuesta a morir de veras por su amado Jesús...

Los presentes se dividieron en dos bandos: Los había que como Pascasio aún se enfurecían más al ver los prodigios que Dios obraba en favor de su fiel servidora. Ellos querían que aquello acabase de forma algo macabra... Pero habían oído decir valientemente a Lucía:

—“He pedido al Señor que me librase de estas llamas para que veais el poder de la oración... y de qué es capaz el Dios de los cristianos a quien vosotros no conocéis... y el Señor me lo ha concedido...”

Había otro grupo de personas que parece que la gracia iba rondando en sus corazones y empezaban a pensar en su interior:

—“¿No será esta, la religión que dice profesar esta valiente joven Lucía, la fe verdadera?...”

Por fin era llegada ya la hora ansiada por Lucía y ella misma fue quien se lo anunció a Pascasio.

Este mandó que con una gran hacha cortasen la garganta de Lucía y... de un golpe cayó exánime dividió aquel bendito cuerpo en dos partes.

Algunos de los presentes recibieron la semilla de su fe cristiana en aquel mismo instante...



La Patrona de la vista

“Dos ojos para toda la vida”. Este era el slogan que hace unos años se difundió por todos los centros de educación para despertar entre los colegiales el cuidado de los ojos que son para toda la vida un instrumento de primer orden para podernos valer por nosotros mismos...

Lucía significa: Luminosa, lucero, es decir, algo relacionado con la luz y con la visión...

Quizá pensando en su nombre y porque algún biógrafo parece que la pintó como que uno de los tormentos a que fue sometida fue el intento de quitarle los ojos... fue la causa por la cual la tradición cristiana la ha nombrado especial abogada y poderosa intercesora para el cuidado de los ojos, de la vista en general...

Los artistas la han pintado llevando en una bandeja sus propios ojos.

Por este motivo y por la luminosidad de su nombre, parece que vino esta tradición hoy muy generalizada en toda la Iglesia.

El día 13 de diciembre, que se celebra su fiesta, muchos grupos y asociaciones le ofrecen homenajes y piden por la gracia de la salud en la vista.

Y no solo invidentes físico sino también los invidentes espirituales la tienen por su Patrona y acuden a ella con confianza de que el Señor, por su medio, les concederá la luz, la fe, la gracia... el que vean con los ojos del alma las misericordias del Señor.

Hoy, por desgracia, aunque hay muchos ciegos y tueritos... no hay duda de que son más los ciegos de espíritu... Que a todos vuelva la vista el Señor por medio de Sta. Lucía.

Su culto

Ya hemos dicho que las Actas martiriales más antiguas hablan de su martirio y de sus milagros.

Una inscripción del siglo IV, hallada hace un siglo en las inmediaciones de Siracusa, habla de la gran devoción que ya entonces se tenía a la Santa Mártir Lucía...

Ya antes de que llegase la Paz de Constantino en el 313 con el Edicto de Milán, habían llegado a Roma las noticias del martirio y los prodigios que obraba el cuerpo de Santa Lucía... pero este culto y devoción se acrecentó notablemente cuando ya vino la libertad a la Iglesia.

Por todas partes había cristianos que extendían su culto y devoción.

El Papa San Agatón, que fue ilustre siciliano, cooperó también brillantemente a extender el culto a su paisana.

El mismo Dante Alighieri, con su inmortal *Divina Comedia*, fue uno de los que más contribuyeron a extender por todas partes el culto y conocimiento de esta mártir siciliana.

Dante coloca a Santa Lucía junto al Presursor del Mesías, su primo San Juan Bautista... en uno de los lugares más cercanos a la Santísima Trinidad.

La Iglesia misma en su liturgia le dio siempre una extraordinaria importancia pues la inscribió en el Cónon Romano juntamente con otra santa siciliana, Santa Agueda.

En Roma llegó a tener hasta veinte iglesias o santuarios dedicados en su honor.

Cuatro eran las santas más veneradas en la antigüedad: Santa Inés, Santa Cecilia, Santa Agueda y nuestra Santa Lucía.

Era el 13 de diciembre del año 300 cuando moría por Cristo.

